

El genio constructor de Gaudí

Javier García-Gutiérrez Mosteiro

Cuando se cumplen los ciento cincuenta años del nacimiento de Gaudí asistimos a una plena recuperación de su nombre; nos resulta difícil de comprender que su obra, tan celebrada hoy internacionalmente, fuera postergada durante un tiempo entre las arquitecturas europeas que surgieron a caballo del cambio de siglo.

Aunque entroncado en el modernismo catalán, constituyó Gaudí una poderosa singularidad; y esta singularidad puede estar, precisamente, en el origen de tal olvido. Se ha señalado que la experiencia de Gaudí –tan varia y compleja que no daba lugar a crear escuela– no constituyó una continuidad en el ulterior desarrollo de la arquitectura moderna. ¿Cabe pues entenderlo como canto del cisne del siglo XIX o incluirlo entre los arquitectos de vanguardia?

La profusa bibliografía que sobre el maestro catalán se ha producido a lo largo del siglo XX ha venido clarificando esta cuestión; si tras la desaparición de Gaudí, en 1926 –justo cuando el panorama arquitectónico español se abre a la arquitectura moderna–, su figura quedó historiográficamente aislada, posteriores estudios han apuntado la conexión con las innovadoras formas que surgirían tras la Guerra Mundial. El propio Pevsner, que apenas había citado el nombre de Gaudí en las primeras ediciones de su célebre *Pioneers of Modern Design*, reconocería en la segunda edición en castellano (1963) lo incuestionable de elevarlo –como resurrección sintomática, señalaba– a una posición prominente en el cuerpo del texto (y aun llegaría a afirmar que «Ronchamp tiene más en común con la Sagrada Familia que con el estilo cuyo temprano desarrollo es tema de este libro»). Otra cuestión es el ascendiente que la obra de Gaudí pudiera haber ejercido, más allá de lo estrictamente arquitectónico, en el orden de la plástica, particularmente en las formas expresionistas de las décadas siguientes.

* * *

Antoni Gaudí, hijo de un artesano calderero –apuntemos la influencia que ello pudo ejercer en su especialísima atención a las artes aplicadas– nació en Reus en 1852. En 1873 se había instalado en Barcelona, en cuya Escue-

la de Arquitectura –recién creada entonces– empezó sus estudios. En paralelo a la carrera en la Escuela conoció otra formación profesional que dejaría honda impronta en su personalidad: ésta, desde luego, venía marcada desde muy joven por su interés hacia la práctica, hacia el encuentro material y concreto –más allá de las divagaciones teóricas– con el objeto arquitectónico. Colaboró así en los estudios de profesionales como Joan Martorell, Josep Fontseré i Mestres y Francisco de Paula del Villar (con éste trabajó en las obras de Montserrat: la impresión de los volúmenes de esta montaña mítica acompañaría a Gaudí toda su vida).

Titulado en 1878 y comenzada su andadura profesional, llegó enseguida a la formulación de un personal código expresivo; en 1883 realizó dos obras claramente significativas, que, con decidido gesto, venían a cerrar su etapa de formación: el experimento del pequeño casino de «El Capricho» en Comillas y la Casa Vicens en Barcelona, en la que –desde la construcción, y con cierta mira en el uso mudéjar del ladrillo– registró un denodado esfuerzo por subvertir las formas, ya inoperantes, del eclecticismo.

A partir de ahí su camino marca un reconocible hito. En 1884 recibió el encargo más relevante en su carrera y que, prolongado hasta sus últimos días, llegaría a imbricar –casi identificar– el ejercicio profesional con su propia peripecia vital y místico-religiosa: las obras del templo expiatorio de la Sagrada Familia, en Barcelona; éstas habían sido iniciadas por Francisco de Paula del Villar, según el gusto neogótico a la sazón imperante (recordemos que por entonces el Marqués de Cubas había puesto la primera piedra del «no ya gótico –en palabras de Gaya Nuño–, sino supergótico» esfuerzo, también inacabado, de la catedral de la Almudena en Madrid). La Sagrada Familia fue una obra cambiante y animada como de vida propia, que fue levantándose mientras Gaudí ideaba sus más innovadoras arquitecturas; su configuración estructural, con una insólita aplicación de principios mecánicos que se traducen en formas expresivas, queda en la historia de la arquitectura como una de las más revolucionarias invenciones de la construcción abovedada.

Ese mismo año de 1884 realizó el primer proyecto de importancia para Eusebio Güell: las célebres caballerizas de *Les Corts* en Barcelona (sede hoy de la Cátedra Gaudí, que regenta el profesor Bassegoda Nonell); la figura de Güell se constituyó, a la manera del Renacimiento, en el gran mecenas de Gaudí: su nombre queda hoy indisolublemente unido al del arquitecto. Para Güell levantaría Gaudí, más tarde, buena parte de su más preciada obra: el palacio Güell en la barcelonesa calle del Conde del Asalto (1886) –arriesgada apuesta del mecenas por una insólita y atrevida arquitectura–; la Colonia Güell en Santa Coloma de Cervelló (1890); y el monumental, delicado y transgresor, entre arquitectura y naturaleza, mundialmente famoso Parque Güell (1900).



Antoni Gaudí